

les. 30. Otros Mártires de las Galias. 31. Tiranias de Plauciano. 32. Tertuliano. 33. Su Apologético y otras obras en defensa del Cristianismo. 34. Su caída. 35. Muerte del Emperador Severo. 36. Caracala asesina á su hermano Geta.

---

---

## HISTORIA DE LA IGLESIA.

---

---

### SEGUNDA PARTE DEL LIBRO TERCERO.

*Desde la suspension de la cuarta persecucion, en el año 174, hasta el fin de la quinta, en 217.*

1. **E**l decreto de Marco Aurelio, en el que prohibió perseguir y delatar á los Cristianos por motivos de Religion, si bien fue causa de la paz, que gozó la Iglesia por espacio de tres años, sin embargo no pudo estorbar que en el 177 se levantasen contra los fieles varias conmociones populares en algunas provincias del Imperio, especialmente en las Galias, donde habia en aquel tiempo Iglesias muy florecientes. Los discípulos de los Apóstoles predicaron allí el Evangelio; y no es creible que unas regiones tan hermosas é inmediatas á la Italia, donde se habia establecido la Cátedra Pontificia, no hubiesen escitado el celo de Pedro, que enviaba operarios á todas partes. Debe presumirse lo mismo de la actividad del Doctor de las naciones que tan fielmente auxiliaba, al Príncipe de los Apóstoles. Por lo que asegura San

Epifanio en propios términos, que los discípulos de San Pablo, y entre otros Crescencio y Lucas esparcieron la divina semilla por el país de los Galos: lo que no puede entenderse de la Galia Cisalpina que ya carecia de este nombre en el siglo cuarto, ni de las Colonias Asiáticas de los Galos; y lo mismo asegura Teodoreto.

Segun la respetable tradicion de esta Iglesia, en la que no se notan anacronismos, ni contradicciones, ni hechos desmentidos por los monumentos mas seguros, ni contiene cosa alguna increíble, y que no lleve consigo el carácter de la venerable antigüedad, fue San Crescencio el primer Obispo de Viena. No hay tampoco motivo para dudar de la mision de San Tróximo á las Galias donde le envió San Pedro, y donde fundó la Iglesia de Arlés aun antes que la de Viena. „Sabe toda la Galia, decian los Obispos sufragáneos de esta primera Silla escribiendo al Papa San Leon, y no lo ignora la Iglesia Romana, que Arlés mereció recibir del Príncipe de los Apóstoles á San Tróximo por su Obispo, y que de esta illustre ciudad se difundió el don de la fe á las demás provincias.”

He aquí todo lo que consta con certidumbre sobre la primitiva antigüedad del cristianismo en las Galias: aunque no por esto se quiere afirmar que predicaron el Evangelio en el primer siglo solo en las dos provincias de Arlés y de Viena. Hizo en esta primera edad, dicen los mejores autores, unos progresos muy lentos entre los Galos; lo cual quie-

re decir que á lo menos lo anunciaron. Habia ya muchas Iglesias edificadas entre los Celtas y en las dos provincias Bélgicas en tiempo de San Ireneo, segun asegura este illustre Doctor; pero antes del tercer siglo hay muy pocas cosas que merezcan la atencion del lector juicioso, y solo puede seguirse el hilo de la historia en la Iglesia de Leon.

2. La santa Sede envió, hácia la mitad del siglo segundo, una tropa illustre de operarios evangélicos. Iba á su frente San Fotino, discípulo de San Policarpo, á quien sin duda acompañó en el viage que este Doctor apostólico hizo á Roma el año 158; y desde Italia pasó á las Galias, estableciéndose en Leon, que ya era entonces una de las mas considerables ciudades. Anunció allí á Jesucristo con mucho fruto, y formó en breve tiempo una Iglesia numerosa, de la cual fue el primer Obispo. Predicaban al mismo tiempo en Viena sus compañeros, donde San Crescencio habia fundado una Iglesia que reclamaba á la sazón eficaces auxilios. Los Idólatras que solamente ansiaban ocasion oportuna para comenzar una nueva persecucion contra los fieles, salieron primeramente de su patria al observar los progresos que hacia la divina palabra, y despues pusieron en movimiento su furor, tomando ocasion para desfogar su rabia devoradora en los juegos que se celebraban en Leon cada cinco años.

3. Comenzaron por hacer á los Cristianos odiosos é imputarles los crímenes mas execrables (1); y en

(1) *Epist. Martyr. Vienens. et Ludug. Euseb. lib. 4. hist.*

consecuencia de esto se les prohibió la entrada en los edificios públicos, y aun en las casas particulares, como no fuesen las suyas. Sangrientos ultrages acompañaron á estas vejaciones, pues por todas partes insultaban á los fieles dándoles golpes con brutalidad grosera, y robándoles sus bienes. Mas como ellos solo oponian la dulzura y la paciencia, hallaron sus enemigos poco gusto en provocar á unas gentes que no se defendian, y juzgaron poder satisfacer mejor su malignidad acusándolos en los tribunales. Confesaron generosamente su Religion los que fueron interrogados, y estuvieron encerrados en estrechas prisiones hasta la llegada del Presidente de la provincia, que se hallaba ausente. Hízolos atormentar luego que se los presentaron por la sola sospecha de los crímenes que se les atribuían.

Probó á defenderlos un Cristiano jóven llamado Epagato, lleno de fervor y sabiduría; pero la multitud que rodeaba el tribunal dió furiosos gritos y el Presidente le preguntó si era tambien Cristiano. No dudó en confesarlo con la mayor intrepidez, y se le condenó con los demás Confesores con el título dado por ignominia de Abogado de los Cristianos. No faltaron sin embargo algunos hermanos imperfectos y tímidos, que con su caida escandalizaron y afligieron en extremo á aquella santa cohorte; pero esta pérdida la recompensaron con usura los nuevos atletas, que cada dia se alistaban para la pelea.

Cayó el furor del pueblo y del magistrado con mas rabia contra el Diácono Santo, el neófito Ma-

turo, Átalo, y una esclava de pocos años llamada Blandina. Los fieles temian la caida de esta muger dotada en sumo grado de los dones de la naturaleza, y de unos sentimientos muy superiores á su condicion. Su señora que era del número de los Mártires, y conocia las pocas fuerzas y delicada complexion de Blandina, parecia haberse olvidado de sí misma por atender solo á la perseverancia de su esclava. Mas admiró á todo el mundo esta generosa doncella, y agotó las fuerzas de sus verdugos, que se disputaron el atormentarla desde la mañana hasta la tarde. Pretendian arrancar de su boca alguna declaracion que infamase las costumbres de los fieles, pero solo respondia á todo: *Cristiana soy, y entre nosotros no se comete ningun crimen.*

Igual constancia manifestó el Diácono Santo. No quiso declarar su nombre, su estado y su patria; y únicamente respondia á todas las preguntas indistinta é invariablemente: *yo soy Cristiano.* Irritó su fortaleza al Presidente y á los verdugos; y despues de haberle hecho sufrir todas las torturas ordinarias, le aplicaron planchas de cobre encendidas á las partes mas sensibles de su cuerpo; pero el santo Mártir sentia abrazarse su carne sin hacer el menor movimiento, ni dar la mas leve muestra de dolor. Los verdugos apuraron sus fuerzas, cuando ya su cuerpo no era mas que una sola llama, y no obstante, viendo algunos dias despues los infieles que la inflamacion de las llagas le causaba los mas crueles dolores, le condenaron á nuevas torturas, con la es-

peranza de que al fin quedaria vencido, ó que á lo menos con su muerte pondria pavor á sus compañeros. Mas estos nuevos tormentos sirvieron de remedio á los primeros, y quedó enteramente sano por un milagro patente de la divina Omnipotencia. Á vista de esto convirtieron su crueldad en otros mas fáciles de vencer.

Habia una muger llamada Biblis entre los que renunciaron la fe, y no se dudaba que los dolores del tormento la obligasen á acusar á los fieles de los crímenes de que se les queria hacer cómplices; pero estos dolores sirvieron por el contrario para recordarla las penas eternas, y exclamó: „¿cómo es posible que los Cristianos devoren á sus propios hijos, cuando el grande horror que tienen á toda crueldad no les permite comer la sangre de los animales?” Y habiendo afirmado despues que solo el temor habia causado su caida, y que de allí adelante no cesaría nunca de confesarse Cristiana, fue reunida á los otros Mártires; y todos fueron arrojados en un espantoso calabozo, cuyo tormento igualaba á todo cuanto habian padecido hasta entonces, porque perecieron en él los que no estaban endurecidos con el sufrimiento.

Prendieron entretanto al santo Obispo Fotino, que tenia mas de ochenta años, y se hallaba enfermo. Era tan grande su debilidad que fue necesario conducirle en brazos al tribunal. El Presidente le preguntó ¿quién era el Dios de los Cristianos? y le respondió el venerable viejo: *si sois digno ya lo conocereis*. Llenáronle de injurias y de golpes, y sa-

cándole medio muerto de las manos de aquellos furiosos, lo condujeron á la prision, donde espiró á los dos dias. Fueron condenados á las fieras Maturro, Santo, Átalo, y Blandina; y para esto se ofreció espresamente al público un espectáculo, sirviendo los dos primeros de diversion á los espectadores por espacio de un dia entero. Hiciéronlos sufrir sucesivamente todo género de torturas, los azotaron con varas, y los espusieron despues á las bestias; pero como estas se mostraron poco furiosas, fueron abandonados al populacho feróz que los obligó á sentarse en una silla de hierro hecha ascua, y á pasar por todos los juegos bárbaros que inventaba su caprichosa crueldad; mas viendo despues de esto que todavía respiraban los degollaron en el anfiteatro. Colgaron á Blandina en un palo, y la espusieron así á la voracidad de las fieras; pero como ninguna de ellas la hubiese dañado, la reservaron para otro dia. Supo el Presidente al tiempo que Átalo iba á padecer su suplicio, que era ciudadano Romano, por lo cual le mandó volver á la prision; y escribió á Marco Aurelio acerca del destino de los Confesores, pintando las cosas del modo que juzgó mas á propósito para sus detestables fines.

Aprovecháronse de este intervalo los Santos prisioneros para convertir á los apóstatas, y lo consiguieron de casi todos. Pero no se concretó á esto su celo, sino que escribieron á los Cristianos de Asia, de donde muchos de ellos eran originarios, para ins-

pirarles el horror estremo que profesaban los fieles de las Galias á la heregia del hipócrita Montano, que en aquella region hacia considerables progresos. Escribieron tambien al Papa San Eleuterio para moverle mas eficazmente á que pacificase las provincias Asiáticas. Fue el portador de estas cartas el presbítero Irenéo, que ya se habia adquirido el mayor crédito. Recibió entretanto el Gobernador ó Presidente la contestacion del Emperador acerca de los presos por causa de religion, en la que le mandaba poner en libertad á los que renunciasen la fe, é hiciese morir á los que persistiesen en confesarla. Interrogó nuevamente á los acusados á consecuencia de esto, y habiéndose mantenido constantes pronunció contra ellos la sentencia. Condenó á los unos como ciudadanos de Roma á cortarles la cabeza, y los otros á ser espuestos á las fieras. Un médico llamado Alejandro, que estaba cerca del tribunal, durante el interrogatorio animaba por señas á los Confesores; y advirtiéndolo el pueblo, le delató. Preguntóle el Presidente ¿qué religion profesaba? respondió que era Cristiano, y al instante fue condenado á las fieras. Condujéronle la mañana siguiente al anfiteatro en compañía de Átalo, á quien el Juez inicuo por adular al pueblo impuso la misma pena, aunque le constaba que era ciudadano Romano. Mas le obligó á infringir todas las formalidades legales el odio que profesaba al cristianismo, faltando de este modo á la orden que acababa de recibir del César. Padeció Átalo tambien con Alejandro los tormentos que precedian al martirio en

semejantes ocasiones; nada se le perdonó aunque antes habia sido tan atormentado, y por fin degollaron á ambos.

Condujeron al anfiteatro á la jóven Blandina con un Cristiano llamado Póntico, que solo contaba quince años, todos los dias que duró la egecucion á fin de intimidarlos; y el último dia fueron el objeto del espectáculo. Primeramente los estrecharon á que nombrasen con veneracion á los dioses de los Paganos, pero lo rehusaron con desprecio. Despues les hicieron sufrir todo género de torturas, proponiéndoles de nuevo que confesasen ó invocasen el nombre de los dioses. Su constancia permaneció invencible, y Póntico consumó el primero su sacrificio oyendo hasta el último aliento las exhortaciones de su heroica compañera. Encerraron á esta en una red despues que sufrió los azotes y la silla de hierro ardiendo, y la entregaron á un furioso toro, que la levantó en el ayre muchas veces; pero al fin como permaneciese insensible á tantas crueldades, la mandaron degollar, afirmando los Idólatras que jamás habian visto una muger que padeciese con tanta constancia. Con la muerte de tantas víctimas no se satisfizo aun su odio; sino que distribuyeron sus miembros á los perros y guardaron los restos noche y dia para que no los enterrasen. Quemáronlos por fin y arrojaron sus cenizas en el Ródano, para quitarles, segun dicen, hasta la esperanza de la resurreccion. Subia á 48 el número de estos Mártires.

Ruinas quedan en Leon todavía del anfiteatro

donde pelearon sobre la montaña de Forviere, derivada del latín *forum vetus*; en cuyo sitio estuvo situada la antigua ciudad de Leon. Se les dió tambien el nombre de los Mártires de Aisnay porque sus cenizas fueron arrojadas en el Ródano, cerca de un lugar que entonces se llamaba *Atenéo*, á causa de los ejercicios literarios que allí se tenian.

Eligió por su Obispo la Iglesia de Leon despues de la muerte de San Fotino al presbítero Irenéo, que habia nacido en Asia hácia el 120 de Cristo. Destináronle en la niñez sus padres á la enseñanza de San Policarpo; y tambien oyó las lecciones de Papias, otro maestro santo y célebre, aunque uno de los principales autores de la opinion de los Milenarios, que enseñó á su discípulo. Irenéo cultivó sus grandes talentos con el estudio de los autores profanos, indispensable entonces, ya para vencer á los Gentiles con sus propias armas, y ya para confundir á los hereges que abusaban de los conocimientos filosóficos. No debe causarnos admiracion tanta aplicacion, y que un espíritu naturalmente vivo y penetrante, lleno de fuerza y de sagacidad le haya adquirido el aprecio de los mas grandes Doctores de la Iglesia, y particularmente de San Agustin, que cita sus escritos con frecuencia contra las heregías. Correspondia al nombre de pacífico que tenia la moderacion de su carácter; aunque no por esto dejó de hacerse Irenéo muy formidable á los enemigos de la fe, tanto con sus discursos como con sus libros. Mas no existió nunca Pastor alguno que necesitase mas de tan grandes talentos y

de tan sublimes virtudes; pues la persecucion que habia desolado la grey que tomaba á su cargo, apenas se disminuyó algun tanto, cuando tornó á tomar nuevo incremento.

Ilustraron tambien la Iglesia de Leon con su martirio Epipodio, natural de la misma ciudad, y Alejandro, griego de nacion, ambos jóvenes de distinguido nacimiento. Desde su infancia habian contraido una amistad estrecha, fundada siempre en la semejanza de sus virtudes; y se consagraban de comun acuerdo á alentar á los Confesores. Les llegó al fin la vez de ser denunciados, y por su humildad evangélica se resolvieron á ponerse en fuga y ocultarse en la cabaña de una pobre viuda, cerca del lugar llamado entonces Piedra-partida. A costa de muchas diligencias fueron encontrados y conducidos con las manos atadas delante del Presidente. Confesaron á porfía el nombre de Jesucristo, y el Juez mandó separarlos, intentando primero vencer á Epipodio, que era el mas jóven y en la apariencia mas fácil de ser vencido. Quedó tan confuso el Magistrado idólatra con las respuestas del jóven Cristiano, que dejándose arrebatado de una indigna cólera mandó darle de golpes en la boca; mas Epipodio escupiendo los dientes con su misma sangre, no cesaba de pronunciar estas palabras: *yo confieso que Jesucristo es Dios con el Padre y el Espíritu Santo. ¡Qué cosa mas justa que consagrar mi vida á aquel que va á darme otra mas feliz!* Puesto en el caballete ó ecúleo le despedazaron los costados con uñas de hierro; pero el populacho malvado no

satisfecho de la crueldad de los verdugos por parecerle muy leve pidió á grandes voces que le entregasen el santo Mártir para despedazarle; y el Presidente ordenó que le cortasen la cabeza.

Mandó salir de la prision á Alejandro despues de un dia, y procuró en vano aterrarle con la memoria de lo que habia visto padecer á otros Mártires. Pusieronle tambien en el caballete, y fue atormentado por tres verdugos, en lugar de los cuales entraban otros cuando los primeros se cansaban; operacion que duró por largo tiempo sin que mostrara la menor flaqueza. Condenáronle por fin á muerte de cruz, y tardó poco en exhalar el último aliento. Los tormentos despedazaron su cuerpo de tal suerte, que se le veían las entrañas por entre las costillas descarnadas. Padecieron el martirio en Viena por el mismo tiempo los Santos Severino, Exuperio y Feliciano.

Habíanse libertado como por milagro de los calabozos de Leon, Marcelo y Valeriano. Conservóse el primero oculto por algun tiempo, sin tener ocioso su celo que egercitaba en secreto; pero hallando una ocasion de hacerlo en público, y prometiéndose un gran fruto, juzgó que debia olvidar las reglas de la circunspeccion ordinaria. Presentóse pues al Presidente Prisco, á quien halló cerca de Chalons del Saona, y le habló fuertemente en favor del Cristianismo. Prendieronle al momento, y atado á unas ramas de árboles distintos, las doblaban por fuerza y las soltaban despues para que al tiempo de volver á su natural estado le despedazasen los miembros. No habiendo

producido esta invencion bárbara todo el efecto que esperaban, le enterraron vivo hasta la cintura, y en este estado espiró al tercero dia. Sus continuos milagros solemnizaron su culto en Chalons, en donde posteriormente mandó edificar el Rey Gontran un monasterio en honor de este santo Mártir. Prendieron á Valeriano en Tournus, donde despues de sufrir las uñas de hierro y otras torturas le cortaron la cabeza.

4. Ningun martirio tuvo tanta celebridad como el de un jóven de Autun llamado Sinforiano: era de una ilustre y cristiana familia que le habia dado una educacion digna de su nacimiento. Manifestó con libertad su aversion al culto sacrilego de los ídolos, un dia que sus conciudadanos estaban congregados para celebrar la fiesta de Cibeles. Al instante le pusieron preso, y fue conducido al Consular Heraclio, que tenia la autoridad judicial en aquel distrito, quien le preguntó en primer lugar su nombre y calidad, segun se acostumbraba. „Yo me llamo Sinforiano, le respondió, y soy Cristiano. ¿Tú eres Cristiano? ¿pues cómo, le replicó el Juez, has podido hasta ahora evitar mis pesquisas tan eficaces que debieran haber acabado con esa secta impía? ¿Pero por qué faltas tú al respeto á la madre de los dioses? Sinforiano le respondió: ya os he dicho que soy Cristiano, y solo adoro al verdadero Dios que reyna en los cielos. En cuanto á ese ídolo del demonio, si vos me lo permitierais, yo lo reduciria á cenizas. No le basta á este, esclamó Heraclio, el crimen de impiedad, sino que añade el de rebelion.” Ordenó al notario que registrase si era ciu-

dadano , y le respondió este que efectivamente lo era, y de una de las mas nobles familias. Entonces añadió el Juez : mucho confías en el esplendor de tu nacimiento , porque sin duda no sabes lo que prescriben los edictos de nuestros Príncipes. En seguida mandó al notario que los pusiese de manifiesto , y este leyó el rescripto siguiente. „El Emperador Marco Aurelio á todos sus Magistrados y Gobernadores. Hemos sabido que los que en nuestros dias se llaman Cristianos, desprecian de todo punto las leyes. Por tanto los mandareis prender , y si no sacrifican á nuestros dioses, los condenareis á diversas torturas ; de suerte que sean inescusables si por su obstinacion se les impone el último castigo , para que con ellos se corte el mal en su raiz.” Despues añadió el Juez : „¿qué te parece Sinforiano ? ¿ podemos aunque quisiéramos faltar á unas órdenes tan terminantes ? Tu arrogancia te hace á un mismo tiempo culpable con los dioses y con el Emperador. Si no tomas el partido de obedecerle será preciso que laves este crimen con tu sangre. Respondióle Sinforiano : nunca dejaré de mirar esa estatua como un simulacro diabólico , y como un instrumento del infierno para perder á los hombres. Vuestras amenazas no me harán variar de dictámen , porque conozco bien que un Cristiano que niega su fe se precipita en el mas funesto abismo ; y si nuestro Dios castiga con tan terribles penas semejante cobardía, tambien tiene preparada una recompensa infinita á la perseverancia y á la virtud. Por tanto es sin comparacion mucho mas ventajoso para mí luchar algunos

momentos contra esta borrasca , que naufragar como me persuadís á la vista del puerto.” Viendo el Juez la constancia del jóven Confesor , mandó á sus lictores que le azotasen , y despues le envió á la prision.

Lleváronle de nuevo á la presencia de Heraclio pasados algunos dias , y le dijo este : „si quieres hoy adorar la estatua de Cibeles , y ofrecer incienso al grande Apolo y á Diana , recibirás , con una gratificacion del tesoro público , un grado militar digno de tu nacimiento : ea pues , resuélvete á lo que conviene. ¿Quieres que se adorne el altar para el sacrificio ? Respondióle Sinforiano : perdeis el tiempo en hacerme esas promesas frívolas , y el tiempo debe ser muy precioso á un Magistrado que tiene á su cargo los negocios públicos. Insistió el Juez sin darse por ofendido , y le dijo : con una condicion tan fácil y tan justa como la de sacrificar á los dioses obtendrás los honores del palacio ; y Sinforiano le replicó : ¡cuán indigno es de un gefe de la justicia, el servirse para corromper la virtud de una autoridad que las leyes ponen en su mano para castigar el crimen ! Todos debemos restituir tarde ó temprano nuestra vida al autor de ella , y ¿por qué no ofreceremos como un don á Dios y á su hijo Jesucristo lo que algun dia será preciso que le pagemos como deuda ? Son vuestros favores un veneno oculto en un pérfido medicamento ; el tiempo arrebatá vuestros bienes como un torrente rápido ; pero nuestra felicidad por el contrario es tan segura é inmutable como el mismo Dios Supremo que es su origen.